

Revista Stultifera Navis

Número 1 Año 1 (Diciembre 2020)



“Albert Caraco. Entre Náuseas y gnosis.”

Frédéric Saenen¹

La siguiente comunicación fue entregada por Frédéric Saenen en el marco de la conferencia sobre el tema “El asco. Historia, lenguaje, política y estética de una emoción plural”, organizado por el CIPA de la Universidad de Lieja y que tuvo lugar los días 23 y 24 de mayo de 2013. Comenzó con la lectura de la página 203 de Ma Confession.

¿Puede un nihilista perfecto - y además un nihilista no reconocido - ser legítimamente objeto de una comunicación científica en el marco de una conferencia universitaria? Quizás la pregunta merezca hacerse sobre el "caso Albert Caraco". De hecho, la personalidad y la obra de este extraño personaje están tan estrechamente vinculados en el trágico destino que selló a ambos, que un enfoque desapasionado y objetivo, a priori, parece inconcebible. Y sobre todo, está lo escrito, por lo tanto afirmado, por lo tanto proclamado de cara al siglo, en las páginas de una treintena de volúmenes que dejó Caraco y que aparecen en gran medida en el catálogo de su principal editorial, “La Edad del hombre”. Esta comunicación se basará en las que más se citan como las mejores claves para acceder a su pensamiento: *Post-Mortem* (1968), obra que pese a su título, es actual y originaria, y *Ma Confession* (1975) y *Bréviaire du Chaos* (1982), ambas póstumas.

Los basureros de "verdades", "revelaciones", "profecías" vertidos por Caraco, dando vueltas como para hipnotizar mejor al lector, parecen servir sólo a un vasto proyecto: el de desesperar a la humanidad hasta el punto de hacerlo. Casi extinguirla luego, para convencerla de que se reconstruya sobre la base regenerada de una minoría de sobrevivientes. Los supervivientes ahora bien informados por Caraco de que el cielo está

¹ **Frédéric Saenen** es un crítico literario y escritor belga de habla francesa nacido en 1973. Es profesor de francés como lengua extranjera en el Instituto Superior de Lenguas Modernas de la Universidad de Lieja.

absolutamente vacío y la existencia desprovista de significado metafísico. Supervivientes que constituyen una élite preparada para afrontar la existencia, equipados con el arma superior del espíritu. Los que están solos a los ojos de Caraco merecen ser perdonados, siendo el resto de los habitantes del planeta sólo una “masa de perdición”, por usar una de sus expresiones favoritas.

Lo primero que golpea de forma insolente es el final que ha elegido y que permanece envuelto en una parte de misterio. El momento está claramente establecido: el mismo día después de la muerte de su padre, en septiembre de 1971, Albert Caraco se suicidó, exactamente como había jurado en sus escritos privados. El *modus operandi* es más nebuloso: la versión más popular es que se ahorcó; algunos familiares evocan un gesto por lo demás espectacular, es decir, la sección de las carótidas y el rociado de su sangre en las paredes del apartamento parisino que había ocupado durante veinticinco años, con sus padres. Esta tenebrosa imprecisión ya contribuye a forjar mitos.

Otro aspecto destacado de la identidad de Caraco, más allá del hecho de que aparentemente era un hombre de palabra, es su conexión con el judaísmo. Proveniente de la burguesía sefardí de Constantinopla, ciudad donde nació en 1919, Caraco se vio desarraigado de su suelo cultural desde muy temprano, ya que pasó su infancia primero en Alemania y Europa Central, luego en Uruguay, donde su familia emigró en 1939 por las razones que se pueden adivinar. Cosmopolita, el joven puede presumir de dominar el español, el inglés y el alemán, y adoptará el francés aún más rápidamente, cuando se establezca con su familia en París, después de la guerra.

Caraco se educará primero en la religión católica, y sus primeras obras (principalmente poemas) también estarán marcadas con el sello del misticismo ilustrado. Pero, posteriormente, el único aspecto que seguirá siendo monástico en el escritor será su forma de vida. Liberado de contingencias materiales debido a que subsiste gracias a los medios económicos de sus padres, Caraco se convierte en ese viejo que se aísla en promedio seis horas diarias para escribir, escribir sin cesar. Se aleja gradualmente de la Iglesia tradicional para profesar su adhesión al pensamiento gnóstico. Al mismo tiempo, se convierte en turífero (“curador”) de Israel, nación martirizada en la que identifica un destino manifiesto único en la historia de la humanidad. Los "semanarios" en los que derramaba sus estados de ánimo vieron una proliferación de diatribas, incluso llamadas al asesinato, dirigidas a los árabes, reducidas al rango de barbarie cuando no se trataba de simple animalidad. En el curso de sus razonamientos, vemos que básicamente nada más encuentra gracia en sus ojos. Ni Francia, un país que considera en decadencia, ni Sudamérica, que observó el tiempo suficiente para pensar que había identificado todas las fallas de sus habitantes, ni los africanos, a quienes detesta llamándolos por los calificativos más degradantes, ni los asiáticos, que se esfuerzan por crecer y multiplicarse para su próxima oleada, y es el mundo entero, en resumen, el objeto de su aborrecimiento. Caraco se vuelve más que un rebelde: se hace silencioso, muy discretamente, pero en plena conciencia, se convierte en el enemigo de la humanidad.

Dicho de esta manera, la expresión casi podría hacerte sonreír. ¿No parece inofensivo, sin embargo, este escriba bilioso que, cuando no está ocupado paseando del

brazo de Madame Mère o preparando la cena para tres, se dedica a prender el fuego a la humanidad, con "chispas frías"?

Tenga cuidado, sin embargo, porque quien se dedique a dar a sus textos la atención que merecen pronto será subyugado por el poder de expresión que de ellos emerge, por la coherencia del radicalismo que los estructura, por la total inclasificabilidad de las palabras que se retienen allí, por el aliento helado que las transporta.

La lectura de un solo pasaje de *Mi confesión*, obra en la que Caraco sintetiza su visión de la existencia, servirá de muestra para comprender la dinámica interna de su pensamiento.

Si hay un hombre que tiene derecho a odiar y despreciar el mundo, ese soy yo; mi trabajo rebosa odio y desprecio por él, lo que lo coloca en el rango de obras ascéticas. No me gusta ninguno de los países donde tuve la desgracia de vivir, no me arrepiento de ninguno, los otros donde no me acerqué, me son indiferentes y ni siquiera quiero conocerlos, la desaparición de tal y cual con sus habitantes no me haría suspirar y solo me arrepiento de las obras de arte, las piedras tienen más importancia para mí que los hombres.

El hombre es el bien menospreciado de muchos, es un insecto sin alas y que huele mal, al contaminar el aire, el suelo y las olas, un gran científico lo llama cáncer de las ecuménicas, la humanidad se está extendiendo por nuestro planeta como enfermedades incurables y cuando todas las enfermedades estén curadas.

De inmediato surge una pregunta, casi caricaturizada como ingenua: "¿Por qué tanto odio?" » ¿Por qué estas condenas a los "robots de esperma" que amenazan el equilibrio del planeta al sobrepoblarlo? ¿Por qué estos reclamos por una esterilidad global y redentora? ¿Por qué, en el corazón de un hombre de perfil color de pared que incide exteriormente en una total impasibilidad, estas mordaces ambiciones de despoblación y esta filosofía del matadero?

Una respuesta, necesariamente parcial, incompleta, radica en el acercamiento al mecanismo del disgusto que nutre el personaje. Porque el absoluto disgusto que Caraco siente por su tiempo y sus contemporáneos, tanto moral como intelectual y simplemente físicamente, es la base de su ética inversa tanto como los sesgos estéticos de su reacción. Este disgusto tiene también como corolario otros sentimientos, otras actitudes, que llevan a Caraco a una posición de absoluta soledad rayana en una especie de soberanía. Con cada frase que alinea, Caraco parece alejarse de nosotros, medirnos desde más lejos, desde la esfera de certezas que se ha creado y en la que evoluciona. Los grados que asciende para llegar a esta cumbre son, primero, desprecio (un desprecio ontológico, no ocasional ni circunstancial); en segundo lugar, la reivindicación de un espíritu y un lenguaje aristocráticos (por, en lo que respecta a la sustancia, el ejercicio de la filosofía especulativa y, en lo que respecta a la forma, por la pretensión de un estilo reivindicado como "clásico"); tercero, el sentimiento de extrañeza que viene con su autoexclusión de la "masa de perdición"; finalmente, en cuarto lugar, el sentimiento de superioridad que deriva de la disciplina a la que se ata diariamente por su propia voluntad, al servicio de su ideal de orden.

Examinemos cómo estas etapas se manifiestan concretamente bajo la pluma de Caraco:

- *Desprecio*: Caraco declara nunca manifestar esta actitud en la vida cotidiana hacia sus semejantes (afirma por el contrario ser siempre educado, cortés en sociedad, galante, atento y admirador frente a lo que se le habla aunque reconozca que 'lo hace con la ayuda de cierta hipocresía'); en sus escritos, en cambio, expresa un desprecio ontológico por los seres humanos, inspirado en la bajeza de su comportamiento y la mancha que representan para la naturaleza, la servidumbre programada a la que consienten, reproduciendo las ilusiones con las que se adormecen. (progreso, esperanza, fe en un futuro mejor, etc.).

- *Aristocratismo*: En lo que a ideas se refiere, Caraco no duda en ponerse bajo la tutela de maestros como Platón, Kant o pensadores como los moralistas. Le gustan los espíritus altivos que desarrollan una visión amplia pero también pesimista del mundo. A menudo cita a dos personalidades aparentemente antípodas, pero cada una encarna en sus ojos uno de los lados de su visión del alma europea: Charles-Joseph de Ligne (con un estilo de vida libre, típicamente aristocrático) y Joseph de Maistre (espíritu anti-moderno intransigente). Lo que une a estas dos figuras es que se sitúan en la bisagra entre la calidad de las ideas y la firmeza de la prosa. Caraco, que no tiene nada de revolucionario en la escritura a pesar de sus excesos, dice ser un escritor clásico del Grand Siècle. Si a veces incluye bromas sintácticas, ligadas a problemas de injerencia con el español en particular, su estilo es de una precisión quirúrgica, antilírica en la medida de lo posible, objetivo a riesgo de aridez, y dueño de cierta ilegibilidad, cuando se lo consume en grandes dosis.

- *Extranjería*: Caraco tiene una percepción muy aguda de la inadmisibilidad de sus comentarios. Se instaló de inmediato como el forajido, el relegado, la víctima de la peste, rechazado por los editores. Y si afortunadamente se publica, de todos modos se considera mal difundido. Su discurso en ocasiones roza la paranoia, en la medida en que se retrata a sí mismo como víctima de una trama de silencio orquestada en torno a su obra. Al mismo tiempo, esta posición lo consolida en la convicción de que es el único que posee las verdades últimas y que sus textos están condenados a ser redescubiertos, reconocidos póstumamente, por la generación del año 2000. Caraco, por tanto, se dirige tácitamente a la inevitable posteridad que imagina, y jubiloso por el desorden que creará, tardíamente,

- *Superioridad*: Por la disciplina de la escritura que observa estrictamente, como un monje, la regla de su orden, Caraco se siente poseedor de un conocimiento que no es común a otros mortales. En esto accede a la gnosis, es decir al conocimiento perfecto. El ejercicio no es solo especulativo, en la medida en que va de la mano de un control esencial del cuerpo, sus impulsos, sus deseos.

Al no ser un especialista en religiones de ninguna manera, no puedo reclamar un enfoque académico de la cultura gnóstica de Caraco. Sin embargo, sus constantes referencias requieren un desvío por este corpus, sobre todo porque la gnosis, en el sentido en que la entiende, está en íntima relación con el disgusto que siente Caraco hacia su condición de hombre y lo real como infierno en el mundo. Desde aquí se ve obligado a evolucionar.

En su contribución al volumen sobre *Los primeros días de la Iglesia*, Madeleine Scopello define la gnosis como "una filosofía de salvación fundada en el autoconocimiento, [...] reservada a una élite espiritual" y basada en la convicción de que "el cuerpo, oscuro y angosto calabozo, fue creado, como del universo, por un dios torpe y malvado". Doctrina juzgada herética y condenada por los Padres de la Iglesia, la gnosis fascina sin embargo por la visión fanática que desarrolla del alma, en detrimento del cuerpo y la materia. Durante los primeros siglos de nuestra era, varios maestros contribuyeron a enriquecer el vasto corpus de escritos gnósticos, revelados por los descubrimientos arqueológicos de una verdadera biblioteca de manuscritos antiguos en un pueblo del Alto Egipto, Nag Hammadi, en 1945.

“Cuanto mayor me hago y más me habla la Gnosis, el mundo no está gobernado por la Providencia, es esencialmente malo, es profundamente absurdo y la Creación es el sueño de una inteligencia ciega o el juego de una , principio sin moralidad.” Caraco parece empapado de los principios básicos del gnosticismo. Toma prestados términos de él, como el "pleroma" (ideal de plenitud metafísica alcanzado por el gnóstico). Hizo suya la división tripartita de la humanidad propia de los gnósticos, es decir la “espiritual” (almas salvadas por el oficio porque tenían conocimiento), la “psíquica” (almas en busca de la salvación) y la “material” (almas), perdido irremediablemente).

Pero su gnosticismo está marcado sobre todo por la aportación de Valentín, nacido hacia el año 100, cuya escuela se basó en la renuncia a la sexualidad. Encontramos, por ejemplo, en la enseñanza de Valentino y en la de sus discípulos la idea de que "la mejor manera de prepararse para el futuro es la enseñanza y el bautismo, no traer niños al mundo". El hombre social y natural está perpetuado por las relaciones carnales; pero estos informes son sólo los perseguidores de la muerte. Sólo el nacimiento espiritual, fruto de las relaciones espirituales, asegura una continuidad verdaderamente duradera.”

La obra de Caraco es un ascetismo en acción, que repite complaciente la observación del triunfo conquistado sobre la carne, como si estuviera en guerra contra la pérdida de su integridad espiritual. Pero a diferencia de san Agustín, que logró la castidad después de una vida bastante disoluta, Caraco debe su práctica de renunciar a la carne a un trauma completamente diferente, del que forma parte el disgusto.

Caraco rara vez utiliza la palabra "asco", al menos en sus tres textos más famosos. Sin embargo, cuando ocurre, la mayoría de las veces se asocia con el cuerpo y, más particularmente, con el sexo. En la perspectiva de Caraco, hay un pecado mayor que la debilidad en la carne, es el de la fealdad. Y, sin embargo, nuestro casto pretendía estar muy informado al respecto, el que de buena gana afirmó no haber conocido en su vida a más de cincuenta mujeres de agradable físico... El cuerpo humano vivo debe ser rechazado como objeto de disfrute carnal. Ningún cuerpo puede pretender ser tal a menos que haya pasado por el atañido del arte y haya sido magnificado por el pintor o el escultor para la eternidad. Para el resto, los que logran sacar alegría del cuerpo, a partir de la vida, son automáticamente juzgados despreciables por Caraco, y en nada le gustaría parecerse a estas "larvas", frenéticamente espoleadas por la búsqueda del placer mediocre del orgasmo. El sexo está teñido de negatividad, porque conduce a la peor villanía que existe: la reproducción.

Caraco dice en *Post Mortem*, una suite compuesta por fragmentos que evocan la muerte de su madre:

“La menstruación, el embarazo y el parto y la lactancia, no podemos glorificar tales servidumbres, son repugnantes y muchos hombres se estremecen, aunque no hacen alarde del horror que experimentan, por miedo a pasar por monstruos.”

El discurso antinatalista que profesa Caraco no es una herencia intelectual, no proviene realmente de los gnósticos (que concedieron a los "proletarios" comunes -en el primer sentido del término- la necesidad de perpetuar la especie); no le viene ni de los Padres eremíticos del desierto, ni siquiera de Malthus, sino de una figura familiar crucial en el desarrollo de su personalidad: "Madame Mère".

“Madame Mère tenía una filosofía bastante similar a la que profeso en estas páginas, no quería un segundo hijo y esta resolución la había tomado, apenas saliendo de la infancia: la vista de tantas familias numerosas y Todos infelices, porque muchos, dictaron los motivos de su conducta. Su desconfianza en el amor, del que me distanció, no fue ajena a tales motivos, me predicó desde el principio un egoísmo razonable y me armó contra toda embriaguez. El alumno devolvió sus lecciones al maestro, finalmente el maestro admitió haber sido golpeado...”

Pasaje asombroso, donde entendemos que el sentimiento de castración, inducido por las palabras y preceptos de su madre, quiso Caraco, afrontarlo, llevarlo hasta el último extremo en lugar evitarlo. En otro extracto inédito, traducido del español por Philippe Billé, Caraco recuerda sus primeras experiencias sensuales, a los 11 o 12 años, con otros chicos. Luego continúa de la siguiente manera, con respecto al sexo más justo:

“Es cierto que mi madre, con el pretexto de salvar mi inocencia, me dio a luz el miedo, y que cuidando mis manos, y muchas veces en medio de la noche, me quitó muchos deseos. La pobre mujer me llenó la cabeza de trágicas advertencias y extravagantes tonterías sobre el peligro de tocar o acercarse a las chicas. Tales son las madres, que hacen hombres y luego los pierden. Se dice al respecto que los hijos terminan en la nada, cuando no dan la espalda a la madre, y que podríamos agregar que donde los muertos mandan, los vivos no se atreven a soñar que viven y mueren anhelando este sueño. Mi opinión al respecto es que los hijos se creen inocentes si no son hombres y pronto se vengan de los hombres una vez que se convierten en sacerdotes o moralistas. Este es mi caso, sin lugar a dudas. Soy moralista y me siento sacerdote, me gustaría convertirme en inquisidor para apaciguar mis iras y aliviar mis tormentos.”

Leer un pasaje así arroja luz sobre, si no todo el enfoque de Caraco, al menos uno de sus resortes fundamentales. Su vocación de odioso anacoreta está en todo caso "justificada", como se dijo una vez de los pecadores en confesión y que han recibido la gracia.

Son las náuseas subyacentes, que se apoderaron de Caraco mucho antes de convertirse en grafomaniaco, lo que subyace en su enfoque de la gnosis, y no al revés. El disgusto con él no es un resultado, extraído de su experiencia empírica o vivida, sino un postulado de partida, y la castración viene aguas arriba de su reacción al mundo, no aguas

abajo. Problema insoluble, mal incurable, castigo grabado en los huesos incluso antes de cometer el pecado, el repugnancia por excelencia de Caraco hacia la vida y, por tanto, hacia Eros, explica el término fatal hacia el que avanza toda una existencia. Caraco pensó que estaba eligiendo deliberadamente el partido de Thanatos en un estado de perfecto autocontrol; en realidad, fue condenado allí desde el principio.

El sistematismo, la implacabilidad, la repetición del discurso de Caraco parecen en muchos sentidos equivaler a una locura; lo más asombroso es que ese delirio es en este punto “razonado”, controlado, retenido por las riendas de la escritura, estrangulado por el corsé del estilo. Caraco es un sistema, atornillado por una fuerza de cohesión interna que apenas se encuentra, excepto con espíritus ferozmente monomaniacos. En el centro, un dolor nuclear, una inmensa frustración que se remonta a las raíces de la infancia, que se ha convertido en aversión al propio cuerpo y luego al de los demás. Perderse en el laberinto de Caraco esperando llegar a su secreto nodal equivaldría a caer en la trampa que su arquitecto nos ha tendido más allá del tiempo: porque para entender a Caraco en su totalidad, se necesitaría nada menos que volver a ser Caraco.

Y el estéril, el infértil, el soberano negador habría logrado entonces la apuesta de los gnósticos de Valentino, es decir, reproducirse sólo por la enseñanza espiritual transmitida, y no recurriendo más a las glándulas.

Quien se arrepiente de su nacimiento con amargura y repugnancia sólo anhela renacer.

Frédéric SAENEN, abril de 2013